

Los Caciques

Por RAFAEL SOLANA

ASISTI a la representación de "Los Caciques", por el teatro de la Universidad, con temor. Imagino la zozobra con que un gran aficionado a Miguel Angel escultor debió presentarse en la Capilla Sixtina a conocer las pinturas del coloso. En mi siglo no se estilan los Miguelángeles, ni, quizás, los aficionados del corte de los renacentistas. Sin embargo, si en el cielo estrecho de las artes en México se levanta la vista, en lo alto, al lado solo de un par de pintores, y alguna otra persona más que me escapa, se ve, genio tutelar de nuestras letras, y el más grande de nuestros escritores, a Mariano Azuela, cuya labor novelística es sin duda la más valiosa flor de la literatura mexicana de este siglo, consagrada dentro y fuera del país. Soy el más respetuoso y el más entusiasta, al mismo tiempo, de los lectores de Azuela. Sus obras, aquí, en esta tierra y en este momento, me producen la admiración y el cariño que a los florentinos y a los romanos pudieron producirles las de Miguel Angel. ¿Cómo no sentir cierta emoción, confianza y miedo extrañamente mezclados, al acercarme a una cosa distinta, y por primera vez intentada por el artista? ¿Cómo no sentir el terror de encontrar una insuficiencia, un descalabro, una decepción, y, al mismo tiempo, el ansia y la esperanza del que vuelve a ver a una persona querida, aun cuando sepa que la va a encontrar cambiada, más probablemente para mal que para bien?

Ya en una ocasión la obra más popular de Azuela, la que mayor prestigio le ha dado fuera de su patria, pues que está traducida incluso a los más exóticos idiomas, fue puesta en escena. Pese a las magníficas intenciones de quienes acometieron la empresa, "Los de Abajo" fue un fracaso en la escena. Ahora fue el autor mismo quien se atrevió a trasplantar, con sus propias manos, esa delicada planta que es la emoción estética, que desfallece y muere casi siempre que es cambiada de sitio. El novelista que consiente en pasar su obra al teatro, es como si la desnudara, renunciando al adorno tantas veces necesario que es el vestido, el detalle; la preparación espiritual y psicológica del lector, inclusive. En el teatro la obra tiene que imponerse por su movimiento, por su acción, sin contar con el apoyo del autor que, en la novela, la lleva de la mano, como Virgilio a Dante, por sobre el Infierno que es la mente receptiva, lector en un caso, público en el otro. En ningún momento puede acudir el artista en auxilio de sus personajes, una vez que les ha permitido salir a la escena; deben andar, hablar, vivir solos, y de una vez, sin que

el espectador pueda detenerse a verlos mejor, a repararlos. A sabiendas del peligro, Mariano Azuela se impuso el sacrificio. Como quien desnuda a una lechuga, quitándole, quizás, lo mejor, el novelista arrancó de su novela la parte que, arropándola, uniéndola como la mezcla a los ladrillos, le daba el tono y el estilo. ¿Habrá en esa lechuga suficiente corazón para valer por sí mismo? ¿Podrá la muralla resistir, convertida en sólo un acumulación de piedras, a la manera de Micenas?

Sí; sin duda alguna que sí. "Los Caciques", obra de teatro, es, naturalmente, obra de mérito literario inferior a "Los Caciques", novela. Quien haya de leerla, léala entera, en su forma original. Pero para quienes la leen, hay ya un nuevo medio de conocer la obra magistral del gran artista, y para quienes porque ya la conocían, la aman, es un nuevo deleite oír y verla soberbiamente montada e interpretada magníficamente. A un artista de la talla de Azuela, sólo deben interpretarlo sus compañeros, los que, aunque en otro arte, el de la representación teatral, sean también grandes artistas. Y la Universidad supo reunir un completísimo grupo de actores, escenógrafos, director, que por todos conceptos supo hacer alto honor a la obra representada. Ya la Montoya había anunciado la pieza; ignoramos si fue una sabia medida de precaución o solamente una providencial casualidad quien libró al arte mexicano de tan terrible amenaza. Puesta por una compañía de comerciantes, de simples jornaleros del teatro, la obra se habría hundido. Puesta por artistas, sentida con criterio artístico, y no con simples miras a la taquilla, "Los Caciques" constituye uno de los más sólidos, o el más sólido entre los raquíticos y espaciados triunfos del teatro nacional.

Llamará la atención del aficionado el hecho curioso de que la única obra positivamente mexicana, por la forma, por el espíritu, por todo, que hemos visto últimamente, haya sido puesta por una compañía que no hace con nacionalismo su propaganda, mientras que en la felizmente extinta temporada de cuatro meses de "comedia mexicana" sólo vimos traducciones del húngaro o recetas de cursilería por desgracia esperántica-internacionales.

El triunfo de "Los Caciques" no debe atribuirse exclusivamente al autor de la obra. Muchas veces otras obras magistrales han ido a la ruina por falta de comprensión en los actores, y en la organización toda. Esta vez, bajo la dirección de Julio Bracho, cuyo elogio no es necesario hacer, puesto que lo hacen sus obras todo conspiró para el éxito, el más grande hasta hoy de teatro mexicano. Una escenografía completa, llena de alma, despidiendo espíritu, como las flores despiden su aroma, y contrastando con las decoraciones de papel pintado, flores también, qué falsas y qué mustias, a que nos han acostumbrado las compañías no artísticas. Un vestuario, también de Julio Castellanos, intencionado y con vida propia. Y una interpretación

de todos y cada uno de los personajes en que no es posible decidir los aplausos por las personas preparadas todas, todas comprensivas y todas artistas, o por la mano que las reunió, con tan admirable perfección y con tal unidad. Particularmente digno de mención es el mérito de Isabela Corona, la artriz sobre cuyos mudos labios cae la tragedia, pues que no teniendo su papel lucimiento propio, pequeño y casi completamente mudo, sabe transmitir al público todas las emociones que, si se pueden beber en la intimidad de la novela, desde la distancia del proscenio habrían empalidecido y aún desaparecido, encargadas a otra intérprete.

Quienes creen en el teatro mexicano aún, vean ahora este camino, el único con posibilidades. Han fracasado ya tres temporadas de lo que se llamó "comedia mexicana". Ha triunfado, en cambio, esta obra. ¿Cuál es la lección? Desde luego, que México debe enorgullecerse de tener buenos autores, no de tener muchos. Un solo Azuela vale infinitamente más que cien escritores y escritrices recolectados en las huestes de la clase media del talento. Una obra como "Los Caciques", aún con sus defectos de técnica teatral, sin duda graves y frecuentes, es un triunfo mucho mayor que una docena de imitaciones de todos los teatros europeos, viejos y nuevos. Y, segunda enseñanza, que la salvación del arte debe ser encomendada a los artistas, a quienes con preparación, gusto y talento, puedan hacer una labor cultural, y no a asociaciones comerciales de gentes dedicadas al teatro para vivir, como pudieron dedicarse a otra, y a las que llamar artistas sería tan grave desacato como llamar poetas a las taquígrafas, aunque les dicten versos a veces. La Universidad ha sido esta vez quien ha tomado en sus manos esta difícil bandera. Ojalá sepa sostenerla airoosamente. Que el triunfo de "Los Caciques" no sea el único.

(De "Diario del Sureste". Mérida, Yuc.)

Leon Feuchtwanger contra André Gide

EL ESTETA EN LA U. R. S. S.

CUANDO André Gide, a su vuelta de un viaje al fondo del Africa, se declaró comunista, su conversión no fue, en suma, sino estética; fue una crisis de sentimentalismo en un escritor sensible, cuyos nervios se habían estremecido a la vista de los sufrimientos que soportaban los negros explotados del Congo. Sin embargo, en la U. R. S. S. se acogió como una convicción política todo lo que Gide decía en su hermoso libro sobre este viaje al Africa. En realidad, no existía tal convicción. El "comunismo" de Gide no era un resultado de reflexio-

nes lógicas; el escritor se había encontrado simplemente en tal estado de espíritu, como hubiese podido también afiliarse al catolicismo y a adoptar a Jesús y María de la misma manera que había adoptado a Marx y Lenin.

Por lo demás, no hay duda de que Gide hizo su viaje a la U. R. S. S. con una idea preconcebida y errónea: había entendido mal el proyecto de la Constitución soviética y confundió la verdadera democracia—a la cual se ha llegado en la U. R. S. S.—, con la democracia formal; exterior, de los países de la Europa occidental. Así es que se sintió profundamente desilusionado, al no encontrar en la U. R. S. S. la libertad de opinión y de prensa, en el sentido occidental. Se entristeció al ver que los soviets no sentían ningún deseo de cambiar su socialismo por el parlamentarismo europeo.

André Gide viajó por la U. R. S. S., en el estado de espíritu de un parisiense refinado, irónico, egocentrista, convencido de que París es el centro del mundo. Miraba sin interés alguno todo lo que de grande ha sido realizado en la U. R. S. S.; pero, en cambio, su atención era atraída por algunos signos innegables de esa falta de buen gusto que es patente en algunas partes de Rusia. Así como, durante largos años, los franceses no reconocieron sino a regañadientes el genio de Shakespeare, acusándolo de barbarie, de mal gusto, de salvajismo, de la propia manera Gide vió con ojo crítico algunos defectos soviéticos, cierta falta de confort y de gusto. Pero en cambio no supo apreciar la grandeza del conjunto.

La U. R. S. S. ha llegado a ser tan poderosa, y su consolidada y razonable existencia, es un hecho tan evidente, que cuanto de ella se dice viene a ser prueba decisiva más bien de las cualidades del observador que del objeto observado. Mejor que lo que hace falta, deben verse en la U. R. S. S. las inmensas realizaciones de un socialismo que ha hecho a este país más rico, más poderoso y más desarrollado intelectualmente. El confort no es allí, sin duda, el mismo que se exige en la Europa occidental, y así, por ejemplo, en los *waters* se hallan papeles de periódico, en lugar del papel higiénico. A Gide le pareció que debía concentrar su atención en esta ausencia de papel higiénico.

Entre los reproches más serios hechos por Gide, recojemos aquel en que critica con violencia la "divinización" de Stalin. Es cierto que en la U. R. S. S. se rinden mayores honores a Stalin que en la Europa occidental. Pero, cuando se mira de cerca, fácilmente se comprende que no se honra en él al individuo sino al representante del socialismo. Esta admiración por Stalin no tiene nada de artificial, es consecuencia lógica del éxito del socialismo. El pueblo está agradecido con Stalin por el pan y por la carne, por el orden y por la instrucción, en una palabra, por la defensa de estas adquisiciones mediante la creación de un ejército nuevo. Al pronunciar el nombre de Stalin, el pueblo piensa en su prosperidad siempre en aumento. Y al decir, "amamos a Stalin", muestra el pueblo también su adhesión al socialismo.

También se burla Gide del "stakhanovismo", y llega a afirmar que únicamente la pereza de los